



LA OSCURIDAD DEL ÁNIMO



Domingo Sosa

Siempre existe una difusa sombra bajo el sol, una oscuridad anímica, un destello oculto en forma de soledad instalado en *Me acaricia una mentira*, del narrador Domingo Sosa. Se constata una soledad intensa, suavizada por unos diálogos -descarnados en bastantes ocasiones- que subrayan un estado singular. El mundo de la lujuria, sus enfebrecidos imanes, el alcohol y los paraísos eventuales, el encuentro y el desencuentro, la ilusión permanente, la ironía como recurso para eludir el muro inmune de la incomunicación, la pasión residual, la noche como frontispicio simbólico de una individualidad extrema, una forma abrupta de melancolía y la tentación poética, aparecen en esta obra de Domingo Sosa. Existe en su creación la indefensión de la voluntad propia ante la voluntad activa de los demás, también la servidumbre de las relaciones interpersonales, difíciles y afanosamente buscadas, a la vez que numantamente protegidas, en una sociedad donde *el otro* rebasa la ajenidad para confundirse en el misterio o en el triste abalorio que ofrece una suma más para el anonimato. Se roza el ribete de la marginalidad, el lamento oculto de quien indaga en sus propias pistas, la herida abierta de quien aspira a ser encontrado en los demás.

La mayoría de los cuentos de *Me acaricia...*, están escritos en primera persona, manifestando una peculiar interpretación personal y, por tanto, diferente de la realidad. Hemos de pensar que hay tantas realidades como visiones subjetivas de lo que se considera como global o el carácter intersticial de la variada complejidad existencial. Por tanto, la interpretación que cada cual efectúa de la realidad que nos es dada, la cual podemos rechazar o asumir, es un acto soberano del propio yo, de la propia entidad del sujeto, de la autonomía personal. Esa realidad interpretada por Domingo Sosa, o manipulada catárticamente como obra deductiva, se convierte en crónica de la peripecia cotidiana.

Este libro encierra una búsqueda tan persistente de *el otro*, un afán de compañía, un esfuerzo por asirse a una relación bilateral, que no hace más que evidenciar la soledad a la que hago alusión. No hablo de un libro de cuentos obsesionados por la soledad, aspiro a inferir que su autor quiere profundizar en las zonas claroscuras de los hombres y mujeres que viven bajo un paraguas raído, que *existen* en ciudades



altas y distantes, y se odian y alguna vez llegan a amarse, muchas veces más por egoísmo y convenciones sociales que por amor. El pesimismo de los cuentos de Domingo Sosa, los diálogos cortos, las frases escuetas, cuyo laconismo expresa la fugacidad comunicativa de nuestro tiempo, signado por la tangencialidad y la urgencia, las distintas alusiones a la ausencia de los demás, viene a explicar el sentido personal que Domingo Sosa desea atrapar. No me refiero a una soledad patológica, si me circunscribo a una sociedad patológica donde la soledad es multívoca a la vez que multitudinaria, donde la muchedumbre es solitaria, y también lo es el individuo que quiere escapar a su acción o influjo, e inclusive la pareja también puede solitaria.

La oscuridad del ánimo es consustancial al hombre, a la mujer. La moderna psicología profunda, la psicología social, la filosofía o la politología, nos hablan cada vez más de la adversidad existencial. La disposición vocacional del sujeto social queda a expensas de un complicado entramado donde el hombre y la mujer quedan aislados. La soberanía del yo se reduce a verdad numérica de orden estadístico. La necesidad afectiva de las personas queda confinada, en bastantes ocasiones, a relaciones epidérmicas, interesados trueques, ritos sociales desposeídos de genuina fuerza raigal. El intercambio entre los sujetos sociales

que componen lo que se viene en denominar *sociedad civil* es una coincidencia de intereses que rebasan la necesaria aportación de las partes en cuanto a gratificar una existencia lúcida, solidaria y plena. El dispositivo abrumador de un sistema burocrático conduce a la soledad. Así, en uno de los cuentos, Domingo Sosa aborda una noción: *agresiva soledad*; también atreve otra categoría: *soledad militante*. Tendríamos que pensar en la incoincidencia, en la disparidad, en la variedad opcional, en los recursos sociales como coartadas para intentar hacer vivir nuestras respectivas soledades, amortiguadas por un pacto social que garantiza el *desorden establecido* que padecemos y compensar nuestros respectivos déficits psicológicos, anímicos o como se deseen denominar. Y es que estamos *sobreviviendo* en una sociedad integrada por desafectos cuyo único vínculo con *el otro* es el cálculo y las proporciones de la propia ambición.

Acercarnos a la obra de Domingo Sosa conlleva un ejercicio reflexivo, un hito personal de estricto carácter meditativo, pues en sus páginas abunda la soledad, y no sé si ha querido escribir un libro de cuentos sobre la soledad, o las soledades, pero de su lectura se desprende la angustia de estar solo. Tal vez me atreva en proponer una distinta lectura y decir si también abarca su propia soledad. Ya no se trataría de analizar la

soledad de *el otro* sino el propio concepto de soledad fáctica como hecho propio e irreversible bajo la coartada de un problema de orden psicológico o filosófico que afecta a los demás. No en vano la conjunción antitética individuo-masa arroja un saldo negativo para el individuo. Nos encontramos con que la nueva religión es la Máquina (obsesión de Ernst Jünger, de Ray Bradbury, y de tantos escritores y pensadores más que rechazan la utopía distópica) y su catecismo una fidelidad acrítica y sumisa al *desorden establecido*. En tal situación, establecida la desconfianza, promovido el desapego, alentado el desinterés mutuo, cosificada la noción de amistad, contractualizada la pasión y el amor, a los hombres no nos queda otra posibilidad que recurrir a un mundo paralelo. Se trata, entonces, de repensar la vida, redefinir nuestro norte, lo cual se puede hacer mediante la literatura, a través de un viaje, en ocasiones difícil, hacia los demás y hacia nosotros mismos que es lo que ha intentado, evidentemente, Domingo Sosa con su obra *Me acaricia una mentira...* La obra que aborda cierta oscuridad del ánimo, la intensa y difusa soledad.

* III Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna 1997. Coeditado por el Ateneo de La Laguna y CajaCanarias.

CUENTO

DOMINGO SOSA

Durante el día, la vida, llena de cositas y cosotas, puede ser atrapada, puedes aferrarla hasta casi inmovilizarla. Pero a las nueve y media se acaba la luz, cae el telón y todos los trasgos malos salen de sus escondites para mortificar, atemorizar y mordisquear el alma. Se llevan trozos de mí, anteriormente, segura existencia, de las defensas que todavía se mantienen, dejando en las abiertas heridas la ponzoña de la soledad. Noche tras noche, me debilito, lucho contra su probable victoria, esperando que el hada buena, muy buena, del bosque encantado, ilumine la oscuridad con su varita mágica. Pero ella no parece darse cuenta de mi lamentable estado, o quizá, la pobre, está ocupada con sus propios problemas, o tiene la varita en la revisión de los mil sortilegios, o peor -terrible sospecha- cree que puedo esforzarme algo más y volver a ser el héroe de antaño, el paladín que combatía ferozmente con su espada y su sonrisa al dragón de la zozobra, con dos zetas.

O sea, en resumen, que ella no está para tonterías, que voy a tener que sacudirme el óxido de la *armadura* y *plantar* cara a la adversidad porque, por lo visto, las hadas sólo se enamoran de los tipos casi, casi inmortales e infalibles, de los héroes que no tienen miedo a la noche y que no hincan la rodilla en tierra, si no es para tomar mayor impulso.

Pues vaya.

Ah, y colorín colorado.